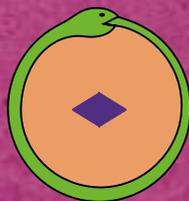
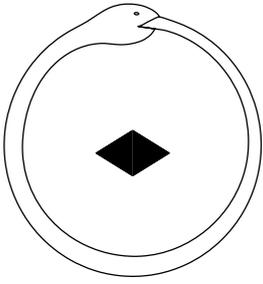


EL MUNDO YA ESTÁ
INCREÍBLEMENTE ENCANTADO
Natasha Myers



cuadernos
SELVAGEM



EL MUNDO YA ESTÁ INCREÍBLEMENTE ENCANTADO

Natasha Myers

Esta es la transcripción y traducción de una entrevista con la antropóloga Natasha Myers, realizada en el contexto del festival [Agir pour le Vivant](#), el 23 de agosto de 2021. Natasha participó por video de la [mesa “Être un arbre” \[“Ser un árbol”\]](#), que reunió presencialmente al botánico Francis Hallé y al escritor Alexis Jenni, en Arles, Francia.

Mi nombre es Natasha Myers, soy antropóloga de plantas, y también estudio una serie de otros temas. Primeramente fui bióloga molecular de plantas a finales de los años 1990. Estudiaba la forma sobre cómo el meristemo floral se organiza para formar una flor – y eso me fascinaba. Yo ya era una apasionada de las plantas en aquella época, pero yo también era bailarina. Mi trabajo coreográfico y los cuestionamientos sobre los movimientos del cuerpo humano rápidamente se mezclaron en mis estudios biológicos de tal manera que eso cambió definitivamente mi manera de comprender cómo las plantas crecen y se mueven.

Luego comencé a pensar en términos de movimiento y gradualmente abandoné las ciencias puras para interesarme en las formas en que las prácticas científicas podían integrar el conocimiento corporal, como el conocimiento que tenía sobre el mundo vivo a través de mi práctica de danza. Luego me centré en un nuevo ámbito de investigación en ciencias y tecnologías, donde se cuestiona la forma en que las ciencias y las técnicas construyen su conocimiento. Más tarde migré al mundo de la antropología y encontré una manera de integrar mi amor por las plantas en mi trabajo antropológico. De esta manera, diría que mi amor obsesivo por las plantas, cultivado desde principios de los años 90, penetró en mi investigación científica y creativa. Mi objetivo es ampliar el campo de la investigación antropológica, ir más allá de nuestra propia sociabilidad, de nuestras propias existencias e incluirnos en algo más que humano. Esa es mi manera de pensar sobre el “nosotros”, la formación colectiva

que nos permite ser seres humanos. Es una manera de reconocer que nos convertimos en humanos a través de nuestras relaciones con todos los demás seres vivos, es un gesto que nos permite contar con formas de agencia¹, que tradicionalmente reservamos a los humanos e intentar ampliar nuestra comprensión de las prácticas, placeres y deseos de otras formas de vida además de la nuestra.

Sabes, muchas veces el problema de los humanos es el problema de saber qué es lo humano, el problema de circunscribir esa cuestión. Realmente, tenemos que pensar sobre la formación del humano, pero también en lo que está más allá de eso. Y hay tanto que descubrir que eso sobrepasa nuestros pequeños “yos”. Reconocer verdaderamente nuestra humanidad es reconocernos como seres colectivos, es reconocer las fuerzas y formas de vida que nos dan vida, es comprender que nuestro alimento, nuestra propia sustancia, el sustrato sobre el cual vivimos ha sido hecho por las plantas. Ellas moldearon este planeta para volverlo habitable y respirable para nosotras y nosotros. ¿Cómo empezar a comprender su agencia sobre nuestra formación? Es posible desarrollar un sentido mucho más profundo de nuestra propia humanidad si empezamos a reconocer que nuestra humanidad forma parte de un mundo que es construido y dominado por las plantas, que es dirigido por las plantas, que es organizado por las plantas. Eso generaría una especie de humildad delante de la vida colectiva en ese planeta. Si nos preguntamos qué podemos aprender con las plantas – si consideramos que procedemos de las plantas y que no estamos en el control o en la jardinería decidiendo quienes crecen y donde. Si estamos íntimamente convencidas y convencidos de que procedemos de las plantas, tendremos relaciones muy diferentes con ellas, que son del orden de la reverencia. Entonces reconoceremos qué es lo que nos da la vida y abriremos nuestras mentes para imaginar un envoltorio mucho mayor que reúne todos nuestros cuerpos de carne y sangre junto con todas las plantas que nos sostienen.

La idea de *anthropos* está generalmente centrada en el ser humano, lo que parece normal, pero me divierte un poco con el vocabulario, forman-

1. El término agencia puede ser empleado de maneras distintas en las diferentes disciplinas académicas. En la Antropología, de manera general, describe una acción de poder transformativo. (NT)

do palabras que nos permiten producir inclusiones que reconocen que el humano está siempre inscrito, formado y alimentado por las plantas.

Al mismo tiempo, la idea no es la de que uno domine al otro: es una relación, y por eso yo privilegio los *planthropos* sobre el *anthropos* como el agente, el colectivo que tenemos que considerar cuando tomamos nuestras decisiones sobre cómo nos movemos por el mundo, cómo construimos nuestras ciudades, cómo interactuamos con nuestros territorios, con nuestra comida y con absolutamente todo el resto. Incluir a las plantas en ese *planthropos* nos da una visión más amplia sobre qué es realmente la humanidad, pero también sobre el impacto de nuestras acciones en el mundo. Si tuviéramos un cómplice, alguien que nos oxigena, un ser que nos dé el aliento de vida y simplemente nos permita vivir, ¿cómo cuidaríamos de él? ¿Cómo reconoceríamos y honraríamos esa relación?

La mayoría de las ideas con las que estoy jugando hoy tienen que ver con esta profunda conexión. No tiene sentido que los humanos se hagan a un lado y se retiren del mundo de los vivos para observar cómo se desarrolla la vida delante de sus ojos mientras se lavan las manos. Hablo de un mundo de integración que entrelaza nuestras vidas a los ritmos y prácticas de las plantas. Es una manera de imaginar el futuro radicalmente opuesta a la de quienes piensan que el mundo solo se curará a sí mismo deshaciéndose de los humanos. Creo que somos responsables de esta gran confusión, pero tenemos que quedarnos aquí y revisar nuestras relaciones para poder hacerlo mejor en este planeta.

Lo que me gusta en ese concepto de *planthropos* es su capacidad de apertura máxima, pero también nos da la posibilidad de reconocer que tenemos responsabilidades. Ese concepto reconfigura completamente el mapa y nos hace confrontar nuestra responsabilidad de nutrir las plantas a su vez. Es un llamado para que nos preocupemos por las plantas que están inmediatamente a nuestro alrededor, para construir nuevas relaciones con ellas – especialmente con las que viven en las macetas en nuestros apartamentos –, para que nos preguntemos si ellas tienen agua suficiente, luz suficiente. ¿Qué servicios les podemos ofrecer para que vivan mejor en el mundo en el cual ellas están inmersas, donde purifican nuestro aire, proveen nuestro oxígeno, metabolizan nuestro

carbono? Tenemos que reconocer nuestra complicidad y nuestro papel en su bienestar.

Lo que me encanta hacer, la cosa más simple que me puede dar alegría, es participar de la vida de las plantas que experimentan el placer de la polinización.

Puedes hacer algo tan simple como tomar el tallo de una zanahoria todavía adherido a la punta de la raíz y, en lugar de tirarlo a la compostera, plantarlo en la tierra. Ella crecerá, florecerá, dará semillas y quizás ese gesto tuyo atraiga insectos polinizadores, alimentando, así, a los aliados de las plantas. Eso hice el verano pasado: rescaté algunas zanahorias de mi cocina y las orugas lograron encontrar el camino para alimentarse del follaje hasta metamorfosearse en mariposas. Me gusta la idea de que podamos participar activamente en las relaciones y placeres necesarios para la supervivencia de las plantas, y llamo a esta preocupación por los seres más allá de nosotros mismos “un servicio a la comunidad no humana”.

Una de las cosas más violentas que las ciencias de la vida le han hecho al mundo de los vivos es hacer que el placer, el juego y el deseo sean absolutamente impensables para seres distintos de los humanos. A esto lo llamo mecano-antropomorfismo porque reducimos el conjunto de seres vivos a nada más que máquinas y, por lo tanto, herramientas a nuestra disposición, recursos, materias primas para nuestras propias tecnologías. Transformamos el mundo en un autómatas o un mecanismo ciego al mando de un código genético. Toda mi investigación a lo largo de mi vida se centra en la forma en que las ciencias de la vida entienden el mundo como un mecanismo y en la búsqueda de soluciones para romper este hechizo que forma nuestra manera de contar historias sobre el mundo vivo. Si rechazamos el desencanto provocado por las ciencias, si reconocemos que el mundo visto a través de este desencanto es incompleto y que hay una efervescencia de historias que emergen de todas partes a través de las historias contadas por las ciencias de la vida, podremos liberarnos de este filtro que ve a todos los seres como materiales disponibles para nuestro dominio y uso. Para mí, es una manera de activismo para alterar y reelaborar las narrativas de la ciencia, sacar a la luz otras formas de pensar sobre el mundo vivo y reconocer que se están haciendo muchos esfuerzos para causar el desencanto. Pero es justamente el fracaso

en desencantar lo que nos permite reconocer que el mundo ya está increíblemente encantado. Ese es un concepto que me hace pensar mucho en los aportes brillantes que el trabajo de Vinciane Despret me ha traído. Eso me ayudó bastante a reconocer la violencia inherente a las prácticas científicas al reducir al mundo vivo a un montón de objetos.

Pero también es una brecha para restaurar el mundo vivo a través de una forma de reconocimiento de prácticas como el placer, la sexualidad o la sensualidad de los encuentros polinizadores entre plantas y animales, o incluso el placer de mordisquear una hoja para los insectos, o incluso el placer que las plantas sienten cuando consiguen capturar un poco mejor la luz del sol o purificar el agua. Nos abrimos así a nuevas formas de relación en las cuales entendemos que cualquier ser vivo que siente el mundo merece nuestro respeto – y eso lo tomo de Merleau-Ponty –, esa forma de conciencia sensible que nos permite renovar completamente nuestras relaciones con las plantas, para comprenderlas mejor en sus diferencias. No para considerarlas como seres humanos, en una especie de antropomorfismo, sino una manera de aprender a *vegetalizar* nuestros propios tejidos, para aprender a sentir y saborear el placer que una planta puede experimentar. Tenemos mucho trabajo que hacer como seres humanos que hemos sido tan bien enseñados a desvitalizar el mundo. Mi trabajo es conseguir cambiar esa historia.

Pienso que es realmente importante cambiar esa historia y estoy muy interesada en las posibles formas de cambiar nuestros imaginarios: ¿cómo cambiamos el tono, la textura, el modo y los fundamentos de nuestra visión del mundo? Eso requiere experimentaciones radicales, requiere ir en contra de las evidencias y en contra de lo que tomamos como verdad. Estoy particularmente interesada en nuestro “sentido común”, nuestro sentido del bien y del mal, y en cómo ese sentido común ha sido influenciado por toda una serie de pensamientos problemáticos, que van desde el colonialismo al capitalismo. Es de sentido común, por ejemplo, pensar en las florestas en términos de “servicios ecosistémicos”. Quiero romper con esa forma de pensar y despertar nuevas formas de imaginación. Y la mejor manera de hacerlo no es mediante argumentos. Tenemos que ser hipnotizados, necesitamos sentirnos atraídos por formas totalmente diferentes de soñar. En ese sentido, los encantamientos

son interesantes, la forma en la que es posible lanzar un hechizo para romper el hechizo que todavía actúa sobre nosotras y nosotros en el momento. Y entonces, la imaginación tiene que ser realmente radical, venir de un horizonte totalmente nuevo. Las plantas son increíblemente generosas, ellas dan mucho. Hay que pedirles permiso cuando desarrollas tu relación con ellas. Pero cuando la relación es buena, ellas son increíblemente generosas con su sabiduría, con su conocimiento del mundo, con los experimentos radicales que hacen en el mundo que las rodea. Ellas quieren compartir, y por lo tanto si estás abierta, abierto para eso, de manera profunda, entonces hay mucho que aprender. Si reconocemos que las plantas son profesoras, ellas saben enseñarnos cómo curar el planeta, como desintoxicar nuestro mundo. Ellas saben cómo cuidar el aire, cómo socorrer el clima. Hay que escucharlas y aprender a recibir de ellas. Ellas pueden decirnos directamente qué tenemos que hacer y son ellas, además, las que me dan sus instrucciones.

NATASHA MYERS

Natasha es profesora adjunta del departamento de Antropología de la Universidad de York y directora del *Plant Studies Collaboratory* [Colaboratorio de Estudios de las Plantas], grupo interdisciplinar creado por ella en 2011, que reúne académicos, artistas, médicos y activistas para sembrar futuros *Plantropocenos*, o sea, escenarios en los cuales las personas forman proyectos solidarios con las plantas para germinar mundos habitables. Realiza, en colaboración con la bailarina Ayelen Liberona, el proyecto audiovisual *Becoming sensor* [Volviéndose sensor] que propone una mirada decolonial sobre el mundo vivo y el (re)despertar de nuestra atención para formas de sentiencia no humanas a través de imágenes y sonidos cinestésicos.

CORREALIZACIÓN



Todas las actividades y materiales de Selvagem se comparten de forma gratuita.

Para aquellos que deseen retribuir, los invitamos a apoyar financieramente las Escolas Vivas, una red de 5 centros de formación para la transmisión de la cultura y el conocimiento indígena. Obtenga más información aquí: selvagemciclo.com.br/colabore

TRADUCCIÓN

MARY HATAKEYAMA

Madre, jardinera, profesora, traductora. De São Paulo, Brasil. Se graduó en letras y pedagogía. Desde 2022 participa en la Comunidad Selvagem, colaborando en los grupos de traducción de textos al español y al inglés, donde lee, traduce y revisa textos de manera colectiva y artesanal.

REVISIÓN

ESTHER LOPEZ AGUILAR

En cocreación siempre con otros seres humanos, me muevo entre el diseño, la curación y la divulgación de contenidos y prácticas que intervienen en la restauración de los espacios, tanto INTERNOS como EXTERNOS. Invito a Cuestionar cuáles son los valores actuales que afectan NUESTRA manera de VIVIR, que alternan nuestro pensamiento, incluso, moldean nuestro cuerpo.

DANIELA RUIZ

Desde 2020 es estudiante del Ciclo Selvagem, comunidad que colabora en los grupos de Comunicación y Elaboración de Textos, donde coordina el grupo de traducción al español. Nacida de una primavera en São Paulo, es brasileña, arquitecta y paisajista. Tiene un vínculo profundo con las plantas y sus tiempos. Su relación con el mundo vegetal se desarrolló a lo largo de muchos caminos de experimentación con las artes, la botánica, el paisajismo y la jardinería. Actualmente está aprendiendo con la planta del té y todo lo que la rodea. Es madre y vive en Barcelona.